



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Salvador Reyes Nevares, el mejor amigo

Autor: Reyes, Juan José

Forma sugerida de citar: Reyes, J. J. (1993). Salvador Reyes Nevares, el mejor amigo. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 218-221.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 41, (septiembre-octubre de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

SALVADOR REYES NEVARES, EL MEJOR AMIGO

Por *Juan José REYES*
ESCRITOR MEXICANO

*Para Pablo, Diego y Ana,
fraternamente*

EN SU JUVENTUD, Y MADUREZ, cuando lo conocí, era un hombre delgado, de movimientos ágiles. De mediana estatura, de mirada apacible e inteligente, de caminar rápido, tenía tanto gusto por el silencio cálido de las horas de comer como por la emoción del juego. Hablaba poco, aunque no fue nunca un hombre dado al ensimismamiento. Mucho menos fue un hombre huracán. Toda palabra suya tenía el mejor temple, estaba cargada de aliento y alegría, desde el ánimo de la ponderación, y desde los rincones del humor. Nunca exigió nada. Estuvo siempre mucho más dispuesto a dar que a recibir. Sobrellevó sus logros y su sonriente sabiduría como prendas para la rica convivencia.

Salvador Reyes Nevares nació en la ciudad de Durango el año de 1922. Muy pronto vino con su familia a la capital. Como otros miembros de su generación, conoció esta ciudad no en las vías rápidas ni en los vehículos de transporte colectivo sino caminándola, primero de la mano de su padre —Salvador— y de su madre —Lilia— y después junto a sus amigos. Tuvo muchos, y muy queridos. Los primeros, aparte de Salvador Reyes Avilés, fueron José de Jesús González Bárcena y Emilio Uranga. De los dos me habló con frecuencia, siempre con entusiasmo, especialmente de José, a quien fuimos a visitar a su casa de Contreras apenas hace unos meses. Una especie de retiro, en el último recoveco de ese cerro. Cansado, ya enfermo, mi padre ganó aquella tarde alegría recordando a Uranga y sobre todo conversando con José, “una mentalidad muy inquieta, un gran señorío y una inteligencia muy fina, como de estilete”. Nunca se peleó con Emilio Uranga, siempre le guardó afecto. “A algunos amigos —escribió, refiriéndose al filósofo— hay que aceptarlos como se aceptan las enfermedades”. Poco después, todavía

durante la primaria, llegaría otro José de Jesús, Gutiérrez Vázquez, hombre bueno como hay pocos, de espíritu juguetón y dueño de una rara y natural inteligencia para la vida.

La Ciudad de México era una ciudad razonable, ideal para la convivencia para ellos, aun cuando resonaran por ahí los últimos disparos de la revolución. A Salvador Reyes Nevares aquellos ecos no pudieron parecerle asunto lejano. Su padre había sido secretario de Emiliano Zapata y había acompañado al caudillo hasta Chinameca. Sin embargo, desconfiaba de las proclamas, de las verdades puestas en coro. “Me causaban —escribió acerca de las manifestaciones en apoyo a Lázaro Cárdenas— una impresión grisácea, de cosa impenetrable e inauténtica, de palabrería sin brillo y sin elegancia”. Prefería la convivencia, caminar por la ciudad, recorrer sus calles, acogerse a la vida en familia, inventar. Con González Bárcena y Uranga, recordaba sonriente, emprendió todavía en la niñez la hechura de “Libro”, una gran enciclopedia que reuniera todo el conocimiento, la construcción de un teatro de títeres e incluso la de un escenario para practicar la esgrima del florete. Años después, hacia el 42 o el 43, aquel grupo de amigos emprendería otra aventura imposible: la de la fundación del “Segundo” Ateneo de la Juventud.

Las escuelas suelen ser determinantes en la vida de los muchachos. El Instituto Luis Vives lo fue para Salvador Reyes Nevares. Le confirmó su temple moral, “me dio un contenido nuevo y cabal para mis futuras palabras”. En el Vives hizo grandes amigos, como Teresa Miaja o Juan Urrusti, como Rafael de Pina, varios hijos de refugiados españoles. Esas amistades, que no perdería nunca, fueron la prueba viva de que los grandes voceríos de una Historia con mayúscula resultaban incomprensibles para quien quería vivir la historia con los pies en la tierra, entre sus prójimos.

Nunca me dijo por qué estudió Derecho y nunca ejerció formalmente su profesión (como sí lo hicieron sus queridísimos De Pina y Samuel Gómez Montero). Seguramente lo hizo, como tantos otros de su generación, impulsado por una sorda y eficaz inercia familiar, pero también, sin duda, por una tácita, y en su caso siempre actualizada, idea de la justicia. De una inteligencia muy fina, sabía entender los predicamentos, al tiempo que desconfiaba de los ánimos dramáticos. Sin inocencia, sin asomo de ingenuidad, creía en la capacidad de enmienda de los otros. No es que los juzgara, mucho menos que los censurara. Sabía sencillamente que la gente se equivoca, e incluso cuando alguien insinuaba la menor insistencia

en un juicio determinante se apresuraba, con discreción y habilidad, a colocar acentos, matices, lejos de la indulgencia y también de los veredictos inapelables. Desconfiaba, y mucho, de la mala fe. Tenía aversión a los trepadores, a los *climbers*, a los lambiscones, a los que simulaban. Rechazaba por eso tanto las grandes palabras como lo cursi, tanto los envalentonamientos como los repliegues. Todas las trampas.

Una vez su viejo amigo Emilio Uranga lo oyó decir una conferencia en el Instituto Francés de América Latina sobre Jean-Paul Sartre. Lo invitó a integrarse al grupo *Hiperión*. “En el *Hiperión* —cuenta Salvador Reyes Nevares— nos reunimos, en torno a Leopoldo Zea, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Emilio Uranga, Luis Villoro, Joaquín Sánchez Macgrégor, Jimmy Waters, Enrique González Casanova, Fausto Vega y yo”. Su interés por la filosofía procedía de la literatura, y desde luego de una raíz vital. Le interesaban la ontología y la ética, sobre todo, y de ahí su cercanía con el existencialismo. Y especialmente con el de Sartre. ¿Por qué Sartre? Porque era el que con mayor rigor hablaba de la simulación, ponía las coordenadas de la mala fe. Le parecía increíble después, a Salvador Reyes Nevares, que aquel autor fuera tan gran ejemplo del ejercicio de la mala fe. Acerca del tema común al *Hiperión* escribió un libro: *El amor y la amistad del mexicano* (en una colección también animada por Leopoldo Zea), es decir, acerca de los hechos opuestos a la simulación. Por aquellos años, principios de los cincuenta, hizo varios amigos con los que mantendría mayor o menor contacto a lo largo de su vida, como el propio Zea, Villoro, Guerra (el miembro del *Hiperión* al que más frecuentó). Por entonces apareció Jorge López Páez, al que no dejó de ver nunca con una sonrisa cariñosa y afecto entrañable. Siempre, entre bromas y veras, dijo que López Páez no era precisamente un modelo de paciencia. Es cierto. Y es cierto también que a menudo Jorge lo impacientaba, pero sólo unos segundos. Ambos supieron vencer muy bien las resistencias del otro e hicieron una amistad que, espero, se extenderá durante muchos años.

Crítico literario en suplementos y revistas, funcionario de una editorial catalana, articulista. En la primera mitad de los setenta cambia, se enriquece el horizonte de Salvador Reyes Nevares. Su amigo Porfirio Muñoz Ledo lo llama a trabajar a la Secretaría del Trabajo. En 1976 llega a ser diputado federal por un distrito de Durango. Poco después colabora en *Petróleos Mexicanos*, en donde, en diferentes momentos, se hace de uno de sus amigos más queri-

dos, Sergio Antonio Canale, y donde confirma y enriquece su entrañable amistad, de larga data, con Mario Ramón Beteta. Con él, con su amigo, se fue a Toluca, para proseguir su labor en la promoción cultural.

Decía que tenía la manía de escribir. Era una forma de hablar. Lo seguro es que tenía una vocación cierta por la escritura, y por hacer que la escritura pudiera revelar lo que hay de verdadero en la vida, en el tránsito del mundo, en la convivencia. Para él escribir fue un modo de ser, y lo cumplió sin falta en estricta coincidencia con su modo de actuar. Su escritura siempre es elegante, fina, tiene el raro lujo de la sencillez precisa y sugerente. Sencillo, elegante, fino, fue siempre, en todos los casos, Salvador Reyes Nevares. Lo fue en el trato, en la conversación que no desplegaba nunca para preguntar sino siempre para contar, para lanzar hipótesis, para construir esa verdad que construyó todos los días. Pero fue mucho más que eso. Fue prudente y mesurado, como ha dicho su amigo Ricardo Garibay. Fue generoso e inteligente, como ha dicho su amigo José Emilio Pacheco. No perdió nunca el sentido de la dignidad y de la amistad. Ya en su agonía era él quien a uno daba ánimos, para decir con sus ojos y su mano suave que todo estaba bien. Nunca me habló de Dios, y el último día que nos vio juntos a Rocío y a mí, a cada uno, nos dio la bendición.